

y notabilísimo Prólogo del Sr. Canalejas, escrito con sobriedad y discreción dignas de todo encomio—no es, ni mucho menos, un estudio de investigación, ni un tratado fundamental acerca de las Regalías de la Corona de España; es, pura y simplemente, un resumen de tan extensa materia, un trabajo de vulgarización, hecho con admirable claridad y que ha venido á llenar un verdadero vacío en nuestra literatura didáctica. Innumerables son, en verdad, y de gran mérito, los escritos y trabajos de nuestros canonistas y políticos referentes á estas fundamentales cuestiones, pero faltan los resúmenes y exposiciones elementales en relación con la época moderna; y ahora que tanto se pregona, y con razón, la necesidad de la vulgarización científica y que se señala como uno de los medios más conducentes para ello la creación de las Bibliotecas populares, el libro del Sr. Nido viene á satisfacer una necesidad y puede contribuir á llevar á las inteligencias menos cultivadas el conocimiento exacto y claro de cuestiones tan interesantes, reservadas antes á los primates de la Ciencia y á los grandes directores de las energías sociales.

En este sentido, en cuanto el libro del Sr. Nido cumple esta finalidad de la vulgarización científica, se puede considerar que está comprendido en el art. 1.º del Real decreto de 1.º de Junio de 1900.

La Academia, no obstante, resolverá como siempre lo más procedente y justo.

Madrid, 8 de Febrero de 1912.

RAFAEL DE UREÑA.

III

LOS SÁNCHEZ-MUÑOZ DE TERUEL

Hace bien nuestra Academia en mirar con la marcada predilección que merece esta novísima verdadera resurrección de los estudios genealógicos en España, donde es lo cierto que venían

de siglos atrás tan raquíuticos y desmedrados, que casi habían desaparecido ó estaban próximos á desaparecer del vasto campo de nuestra Historia, en que un tiempo tantísimo descollaron, cuando eran sus cultivadores un Argote de Molina y un Garibay, un Pellicer y un Salazar.

Comenzó en realidad su indiscutible decadencia cuando el último—con tanta razón llamado Príncipe de los genealogistas españoles—falleció ya anciano hacia 1734, después de consumada la inmensa labor que representan la *Historia de la Casa de Lara*, la de la *Casa de Silva*, las *Glorias de la Casa Farnese*, y cuanto esta Academia guarda con celo vigilante en la maravillosa colección que lleva su nombre y hay que considerar sin reparo como el primero de nuestros tesoros. Vino entonces, ausente para siempre de la palestra el concienzudo y sapientísimo maestro, que nunca profesó ni escribió más que lo verdadero, el ominoso predominio de los Reyes de Armas, y con él se entronizaron, como es notorio, el ensalzamiento de toda patraña, el reconocimiento de toda fábula, la propagación de todos los absurdos, el culto ciego á todas las vanidades, bajo el que gime y padece todavía, aunque nos parezca mentira, la parte más numerosa de los españoles; de esos españoles que no quieren enterarse, y prefieren tan satisfechos á la escueta hermosísima verdad los embustes descarados y las invenciones grotescas, por las que resultamos todos descendientes de Reyes y de Príncipes, nietos de conquistadores y de personajes, tan soñados como los mismos parentescos. Hoy por fin una minoría selecta—como todo lo selecto escasa—, volviendo por los fueros atropellados de la Genealogía y de la Historia, que son una misma cosa, dando á estas fábulas ridículas con desprecio la espalda, ha emprendido resueltamente el buen camino, sin otra guía que los documentos y con la crítica más depurada por norma. Las familias mismas comienzan ya á dar al público, más ó menos tímidamente, su verdadera historia, formada en sus propios archivos, tal como ella es y sin admitir los fantásticos principios que invariablemente les aplicaba el exceso de celo de la genealogía oficial.

Aunque á primera vista parezca raro, es la Francia oficialmen-

te republicana y nominalmente democrática, pero que tiene metido en los huesos el espíritu nobiliario, y, mientras más se la disloca y se la disfraza en las leyes, más se defiende en lo íntimo de su ser—quizás éste sea el secreto de que se mantenga su existencia próspera contra todas las imposiciones de la naturaleza misma—, es la Francia de ahora la que se ofrece como modelo en aquel género de trabajos familiares genealógicos, en ella frequentísimos, con algunos verdaderamente notables. Los ricos archivos de sus viejas familias han despertado el interés vivísimo de sus propios y cultos poseedores, que han creído con razón que no eran para guardadas y escondidas las verdaderas riquezas históricas que ellos custodiaban. Uno de sus más grandes Señores, portador esclarecido de un antiquísimo nombre histórico, que figura á cada paso estrechamente ligado á la vida gloriosa de aquella famosa Monarquía, y más de una vez encontramos en las páginas de nuestros propios anales, el Duque de la Trémouille, Miembro hoy difunto del Instituto de Francia, dió á conocer al público culto y á la erudición de su país, con el sencillo y expresivo título de *Mes ancêtres*, cuanto de más importante contenían los cartularios de su Casa, cuya vida había sido la de la nación francesa en el curso de tantos siglos, con varios lujosos volúmenes, por el fondo y por la forma verdaderamente admirables. Hay algunos de los libros así formados, en los propios archivos y por sus dueños mismos, que no vacilo en calificar de monumento genealógico y heráldico, como es la *Histoire de la Maison de Chabannes*, por un segundo de esta célebre familia, el Conde Henri de Chabannes, en cuatro enormes tomos publicada, abundantísima en blasones, en retratos, en vistas de castillos y palacios antiguos y modernos, vastísimo arsenal de todo orden para los estudiosos y aficionados.

España está dando ahora, todavía modestamente, los primeros tímidos é inseguros pasos en este simpático camino. Quizás resulte su iniciador entre nosotros un esclarecido Correspondiente de nuestra Academia, autor de tantos trabajos ingeniosos y peregrinos, el Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa, tan conocido y popular con el pseudónimo afamado del Dr. Thebussem,

cuando nos regaló hace algún tiempo con las *Notas genealógicas, que, para tomar el hábito de Santiago, presentaron D. Mariano, D. Francisco y D. Rafael Pardo de Figueroa y Serna*, de que se han hecho dos ediciones y que la Academia conserva y estima. El Vizconde de Bellver, Coronel retirado del Cuerpo de Alabarderos, Trece de la Orden de Santiago, publicó no hace mucho la *Genealogía de la casa de Alós*, á que él pertenece, tan fecunda siempre en hombres distinguidos, plantel de generales ilustres en los siglos XVIII y XIX, y, seguramente, de las más interesantes entre la mejor Nobleza catalana. Siguiéronles D. Ignacio de Villar-Villamil, Marqués actual de Montehermoso, autor de un concienzudo trabajo sobre *Las Casas de Villar y de Omaña en Asturias, Apuntes y Recuerdos de familia*, impreso en 1910, y el Marqués de San Francisco, mexicano de nación, pero español de sentimientos como de raza, que lo es de un excelente opúsculo sobre los *Condes de Regla*, familia señalada por sus extraordinarios servicios á la Madre Patria y de que es él hijo segundo. Por fin, no es para olvidado que nuestro querido amigo y colega el Marqués de Laurencín, de cuya pluma han salido tantos otros estimables trabajos, imprimió no hace mucho, en 1908, uno genealógico, que tituló *Los Uhagón de Hoditegui*, al cual el que escribe estos renglones tuvo la viva satisfacción de poner un prólogo, ni tan largo como el asunto requería, ni tan expresivo y laudatorio como la manera de tratarlo á mi entender merece.

Pues estas huellas son las que acaba de seguir recientemente el Sr. D. Antonio de Piniés y Sánchez-Muñoz, actual Barón de La Linde, ilustre caballero zaragozano y vecino de Valencia, con la que ha titulado *Noticia histórico-genealógica de la familia Sánchez-Muñoz de Teruel, Señores de Finojosa, Barones de la Villa y Castillo de Escriche y La Linde, ordenada por su primogénito actual*, impresa en la capital levantina el año pasado 1911, y acerca de la cual me ha encargado la Academia este informe, que gustosísimo le someto. Es el Barón digno sucesor del noble prócer é insigne patricio aragonés, que de tal manera brillantó su nombre y Título, lo mismo al frente de la Universidad de Zaragoza, que en su representación á Cortes, que á la cabeza de todas las

obras sociales y católicas de su país, y creyendo, como su tío, en la verdad del legendario *Nobleza obliga*, que es para tantos, desgraciadamente, letra muerta y frase sin sentido, heredó con el nombre la cultura y el archivo familiar, donde ha buscado afanosa su diligencia cuanto pudiera ayudarle á la formación y comprobación de esta interesante monografía, de modo que resultara digna del sujeto, pues la familia Sánchez-Muñoz tiene en Aragón, por su antigüedad, por su importancia y por los hechos de sus individuos, puesto de honor reconocido entre las Casas históricas de aquel nobilísimo Reino. Él, con criterio acertado, da á la tradición lo que es suyo, á la leyenda lo que le pertenece, y á la historia y la genealogía lo que los documentos irrefutables hacen ya de su honrado dominio. Primeramente Ricos-hombres y Señores de Fínojosa—de ellos trató nuestro ilustre compañero el Señor Marqués de Cerralbo en el notabilísimo discurso de recepción en la Academia, consagrado, como recordaréis, al grande Arzobispo D. Rodrigo y al insigne Monasterio de Santa María de Huerta;—conquistadores de Teruel, de cuya ciudad tomaron la última parte de su nombre, ya en el siglo XIII Señores de la Baronía de Escriche, conquistadores con el Rey D. Jaime de la Ciudad y tierra de Valencia, allí Señores de Ayódar y otros lugares, últimamente por alianza Barones de La Linde, Señores de Santa María y Belsué, bien merecían ellos el recuerdo honroso que en este trabajo su actual representante les consagra. Bastara para hacerla entrar de lleno en el campo cerrado de la Historia el haber producido esta vieja raza personaje tan singular como el famoso D. Gil Sánchez-Muñoz, el Anti-Papa Clemente VIII, para tantas gentes verdadero jerarca de la Iglesia, después de ser Sumo Pontífice humilde y virtuoso Obispo, figura extraña y poco conocida en medio de su siglo perturbado, y por cuya buena memoria vuelve discretamente nuestro autor con tanta imparcialidad como lógica irrefutable. Alrededor de esta figura principalísima y de primera magnitud, hace revivir el Barón á todos los hijos de esta familia, no con la simple y descarnada enumeración de nombres, un tiempo tan en boga, sino con la memoria de sus hechos y la expresión del documento que los

comprueba, reconstruyendo la brillante serie de los que la constituyeron desde su principio hasta su fin, en épocas en que el calificativo de noble, contra lo que el vulgo cree ó finge creer, era sinónimo de trabajador infatigable, y lo que se llamaba *vivir noblemente* no correspondía, ni mucho menos, á pasar la vida en la holganza ó la diversión. Si á esto se añade la claridad más completa en el método de su trabajo, la crítica más acertada aplicada á él, y la naturalidad y sencillez de la forma en que está escrito, hay que concluir diciendo que el Señor Barón de La Linde sienta plaza con esta interesante monografía entre los buenos cultivadores de la genealogía española.

Prometen además estos acertados comienzos, y que Cuerpo como éste los aplauda y los estimule, algo muy grato para todos los amantes de la Historia en general, y en particular para la Academia. En ese archivo de la Casa de La Linde, que su dueño ha empezado á explorar, se conserva, en efecto, como recordaba aquí no hace mucho tiempo nuestro eminente compañero el Señor Sánchez Moguel, á quien el Barón anterior lo mostrara el segundo testamento original del Rey D. Fernando el *Católico*, hecho en Burgos en las casas del Condestable de Castilla el año 1512, hoy en el mejor estado de conservación, con los sellos de los más de los testigos de su otorgación, muy bien el del Maestre y primer Duque de Villahermosa, célebre hermano natural del gran Monarca. Y al lado de este interesantísimo documento, donde el egregio testador hace el cumplido elogio de la Reina Doña Isabel y del Arzobispo de Zaragoza su propio hijo, y cuya procedencia en su Casa explica muy bien el autor, hay allí mismo otros de tanta valía como la carta por la que el mismo insigne Soberano había prestado juramento de guardar la paz con el Rey de Francia en 1506; una Bula del Anti-Papa Sánchez-Muñoz del año vii de su Pontificado; la capitulación entre los Reyes *Católicos* y el de Portugal del año 1480; varias cartas importantes de D. Fernando V, de la Reina Doña Juana, de Carlos V y de Felipe II, de la Princesa de Portugal su Hermana, y del Príncipe su Hijo, que fué después Felipe III; la correspondencia entre el Marqués de Cogolludo, más tarde IX Duque de Medinaceli, Embajador de

Carlos II en Roma, á su Agente en Génova D. Juan-Carlos Bazán, de los años 1687 á 1690; cartas y documentos sobre la obediencia de los pueblos y lugares aragoneses que redujo á la de Felipe V D. Pedro Cebrián y Ballester durante la guerra de sucesión, y otras cosas no menos importantes. De algunas tiene ya preparados el señor Barón de La Linde, con ánimo de publicarlos, curiosos trabajos, para cuyo éxito bastará que presida en ellos el acierto que lo ha acompañado en este primero de la genealogía de su Casa. Ello es cuanto puede desearle la Academia, á juicio del que esto escribe, bien segura de que así todas esas riquezas históricas saldrán, y saldrán bien, de la obscuridad en que se encierran siglos ha, dadas al público estudio por la generosidad y la cultura de su dueño, tan dignas de nuestra estimación y acreedoras á nuestro aplauso.

Madrid, 29 Marzo 1912.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

IV

UN EPITAFIO HEBREO DE LA CIUDAD DE ESTELLA

En cumplimiento del encargo, que en la sesión del 15 de Marzo me confió la Academia, tengo la honra de someter á su alta consideración el Informe referente á la contestación que nos ha dirigido la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Navarra.

«Excmo. Sr.:

Cumplimentando la atenta comunicación de V. E., fecha 12 del mes pasado, me es muy grato acompañar á esta comunicación la fotografía adjunta de una inscripción hebrea, hallada en Estella, en la tapia de una finca rústica, sita al pie del castillo de Belchmeyer.

Su hallazgo fué debido al Sr. D. Mateo Morante, Socio de la